

El amor por la lectura es algo que se aprende pero no se enseña. De la misma forma que nadie puede obligarnos a enamorarnos, nadie puede obligarnos a amar un libro. Son cosas que ocurren por razones misteriosas, pero de lo que sí estoy convencido es que a cada uno de nosotros hay un libro que nos espera. En algún lugar de la biblioteca hay una página que ha sido escrita para nosotros.

**Alberto Manguel**  
(1948-)



## Vicios solitarios

**La peor señora del mundo**  
Por Francisco Hinojosa  
Ed. FCE  
44 pp.

Una mujer malvada disfruta haciendo mil y una groserías a todos los habitantes de su pueblo, desde dar pisotones hasta ponerle limones en los ojos a sus hijos, a modo de castigo. Todos los habitantes, entonces, crean una ingeniosa estrategia para poner fin a sus maldades.

Es una historia muy chistosa, te hace reír con todas sus ocurrencias y te enseña por qué no hay que ser malos con las personas. (**Lucía Isunza**, 8 años)



**El pizarrón encantado**  
Por Emilio Carballido  
Ed. Alfaguara  
40 pp.

A mí me gustó este libro porque está bonito y chistoso, y tiene una moraleja: siempre hay que sacar las ventajas de las cosas, no las desventajas. (**Ximena Hernández Caballero**, 10 años)

## La lectura clandestina/2

□ Beatriz Meyer □

**Un sábado por la mañana (recuerdo que era otoño), encontré sobre una consola un libro inusitado. En la portada tenía un nombre por demás inquietante: Cien años de soledad. Sin pensarlo mucho lo abrí. El pasaje donde Remedios la Bella asciende al cielo entre sábanas de bramante me subyugó. Escondí el libro donde pudiera sacarlo rápido por si alguien preguntaba por él. Más tarde supe que era una novela que papá había intentado leer sin éxito.**

No se parecía en nada a las historias de capa y espada que él solía leer además del *Esto*, un periódico de deportes impreso en color sepia, aburrido y que sin embargo mis hermanos leían con singular fruición. *Cien años de soledad* se salvó de la encuadernación en rojo, en parte quizá porque no dejó que se volvieran a acordar de él. Sin duda, esta obra cambió la perspectiva que tenía yo de las historias. Fue el primer libro que leí una y otra vez. *Cumbres Borrascosas* fue el segundo, sobre todo cuando supe por una de mis maestras de literatura que la novela de Emily Brontë era en realidad el antecedente más lejano de la enredada genealogía de los Buendía de García Márquez. Ya en secundaria fueron llegando, junto con las lecturas obligatorias (por ejemplo la *Iliada* y la *Odissea*, el *Quijote*, el *Ramayana* y otros textos que pueden ser la pesadilla de quien los hojea una tarde de domingo porque justo al otro día hay examen), obras que ya marcaban mi incipiente gusto por ciertos autores latinoamericanos.

Por esas épocas, y presa de mi primer delirio amoroso, empecé a escribir piezas inspiradas en las historias de heroínas trágicas que fui conociendo a salto de mata, en los descansos, a veces durante las largas esperas en la portería del colegio porque a mi madre se le había olvidado recogerme a mi hermana y a mí. *Madam Bovary*, *Ana Karenina*, *La Religiosa* de Diderot. Entonces supe que la pasión se vive a solas, que puede inflamar las páginas de un cuaderno, que es necesario tener más de ese dolor y ese aleteo en el estómago para sacar la voz y cantar, escribir o seguir leyendo historias trágicas, muy a tono con el despelote de la adolescencia y sus abismos. Fue entonces cuando, a los catorce, me dije: "Quiero ser escritora". Tal vez porque me gustaba sufrir. No sé. Y cuando la breve ilusión amorosa se diluyó gracias a las maniobras de una compañera más hábil que yo en las artes de la seducción, los libros volvieron a ser mi refugio, el lugar donde los mitos y la fantasía se

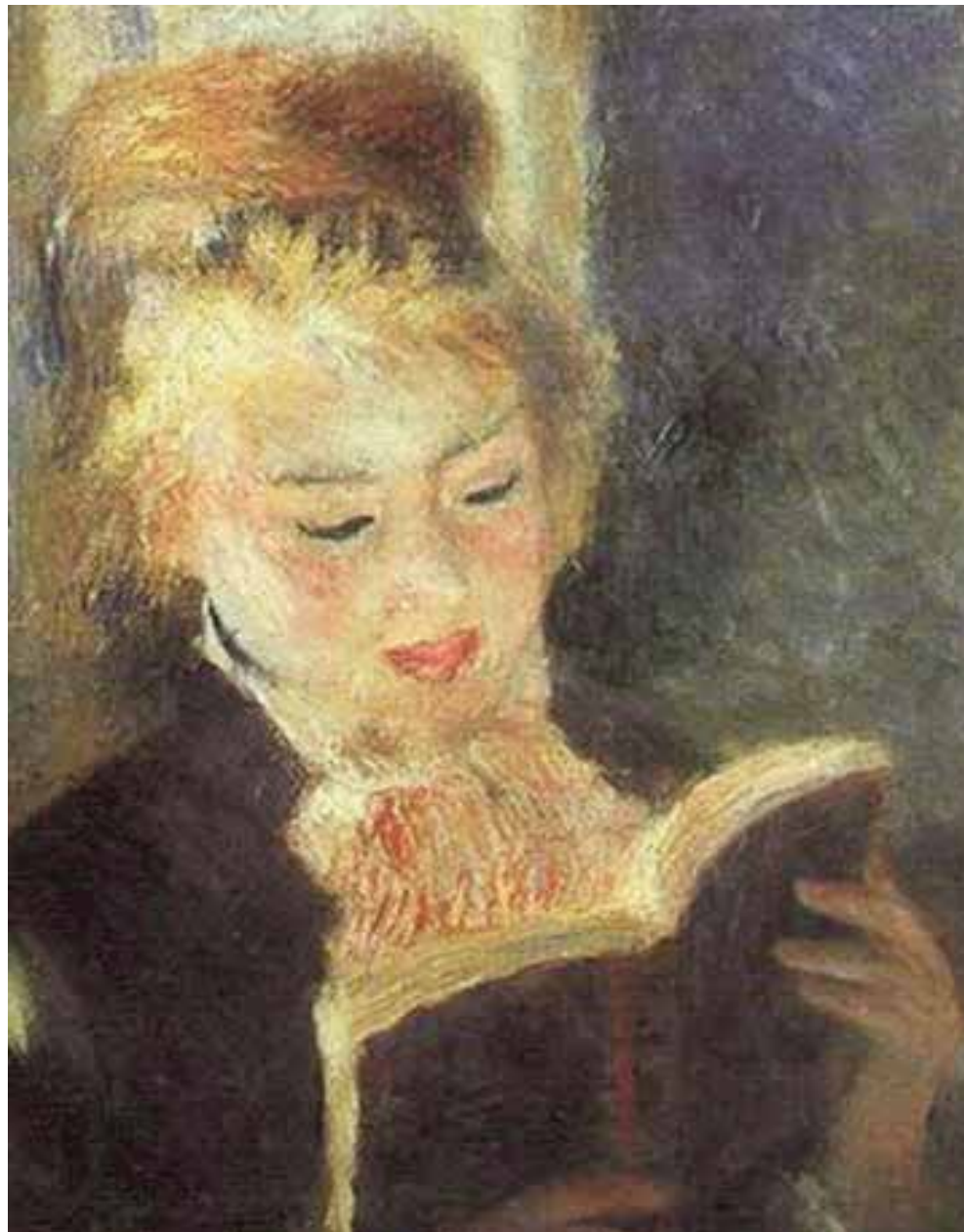
unían al conocimiento de nuevas áreas de la experiencia. De repente ahí estaba yo leyendo a Hesse, *Demian* y *el Lobo Estepario*, a Thomas Mann y su *Tonio Kröger*, Salinger y sus cuentos de adolescentes nebulosos, mi primera novela de Carson MacCullers (*El corazón es un cazador solitario*) y, adelantándome a las discusiones universitarias de mucho tiempo después, *Un cuarto propio*, de Virginia Woolf.

**Rebelde y arisca, buscaba la ocasión de escabullirme con un libro donde nadie me viera. La existencia me parecía una carga muy difícil de llevar.**

Pero de todas las historias que leí en secundaria, la que me acompañó de manera persistente fue *Cien años de soledad*. Entre sus páginas aprendí a degustar las palabras. Durante mucho tiempo la novela de García Márquez iba y venía del colegio a la casa, del morral a mis escondites secretos (por ejemplo, debajo de la almohada) y de vuelta al morral. El desgaste de sus hojas me hizo ahorrar muchos domingos para comprarme "mi" ejemplar. Por aquel entonces mi pequeño librero contenía las clásicas obras para jóvenes, incluso algunas de tipo moral o religioso (recuerdo con especial espanto *El diario de Ana María*, obrita de autor español cuyo nombre y contenido olvidé tan pronto pude), las historias de chicas drogadictas y demás intentos fallidos por hacer de mí una adolescente responsable. Rebelde y arisca, buscaba la ocasión de escabullirme con un libro donde nadie me viera. La existencia me parecía una carga muy difícil de llevar. Mis horizontes se ensanchaban y, todavía en la edad difícil, me fui a vivir a Montreal donde aprendí a leer en otros idiomas, conocí la libertad, el hambre, canté en las estaciones del metro, escapé del seguro hogar de mis tíos para seguir el rumbo que marcaba mi desazón. Siempre con un libro bajo el brazo, eso sí.

Con el tiempo me volví muy selectiva y no leo libros sólo porque están de moda o son de reciente publicación. Disfruto enormemente leer obras en el idioma original. Hay autores, por ejemplo, que nunca he leído en español. Pero hay escritores que me enseñaron a venerar mi idioma: Alejo Carpentier, Julio Cortázar, Juan Rulfo, Juan Carlos Onetti, García Márquez, Rosario Castellanos, Jorge Luis Borges. Mi libro de cabecera hace mucho que dejó de ser *Cien años de soledad* (aunque de vez en cuando lo abro y releo los pasajes que más me gustan). Hay otras obras que he leído y releído muchas veces: *Lolita*, de Nabokov, *Cumbres Borrascosas*, de Emily Brontë, *Orlando*, de Virginia Woolf, *La letra escarlata*, de Hawthorne, *Santuario*, de Faulkner, *La mujer comestible*, de Margaret Atwood.

Ahora tengo una biblioteca más grande que la de mi padre. Me sigo escondiendo para leer. Más que antes, la lectura es para mí una forma de ser y estar. En el fondo, el recuerdo de la maravillosa biblioteca roja me sigue guiando por los pasillos de librerías y bibliotecas a la hora de escoger un nuevo libro. Y siempre atino.



Lectura, de August Renoir